

Fausto Soto

Versos de literatura

(A Hernández Catá, por la resonancia humana de sus actos y de sus palabras).

I

ROSAS EN LA LUZ

*Un día primaveral
de nubes con arrebol,
las rosas de mi rosal
se enamoraron del sol.*

*Qué cernida luz tan fina
por los trigales del viento,
que apenas su movimiento
bambolea la neblina.
Una nube colorina
va extendiendo su percal
como sangre de quintral
que en los álamos se mece,
mientras alegre amanece
un día primaveral.*

*La campana del convento
levanta dulces maitines,
y las huertas y jardines
mueven su verde contento.
Hay un estremecimiento
de melodía y color,
y apunta liviano el sol
sobre la alta cordillera,
tiñendo la primavera
de nubes con arrebol.*

*Duermen los sauces de bruces
todavía en la corriente,
el cementerio del frente
duerme también en sus cruces.
Pero repica sus luces
de cristales el zorzal,
y acompaña al manantial
que—inocente junto al muro—
refleja en sus ojos puros
las rosas de mi rosal.*

*Late en sus cuerpos tibieza
de sangre alzada en rubores:
con sus labios de colores
el sol desnudo los besa.
Mientras el día endereza
su pecho de tornasol,
el cálido girasol
de la luz las flores gozan.
Así fué como las rosas
se enamoraron del sol.*

*Al fin, la tarde se inunda
de agonía. Tiende el cielo
moradas cintas de duelo
para la luz moribunda.
Sollozando y errabunda,
el agua del manantial
recoge en su delantal
lágrimas entrecortadas
de las corolas dobladas
de las rosas del rosal.*

II

FUEGO DE LEÑADORES

*En los cerros, las hogueras
agitan desesperadas
los látigos de sus brazos
contra las sombras heladas.*

*En su guarniel peregrino
echa el día ya cansado
los ecos desvencijados
de los últimos espinos.
Del rescoldo vespertino
una brasa aun entera
por alentar desespera,
para que en sus estertores
enciendan los leñadores
en los cerros las hogueras.*

*Con su ciega capa triste
aplasta la noche al viento,*

que llagado de lamentos
contra las ramas embiste.
El torrente siempre insiste
en despertar las quebradas
palmoteando las cascadas,
y en un torbellino blanco
las espumas del barranco
se agitan desesperadas.

Al borde de los tizones
cuentan los hombres consejas
de viudas y brujas viejas
que hechizan a los varones.
Al pasar por los zanjones
suelen dar los esquinazos:
echan al cuello un abrazo
y baten luego las ancas
de las chúcaras potrancas
los látigos de sus brazos.

El cansancio apaga lento
la voz que evoca las brujas;
el leñador se arrebuja
temeroso de su cuento.
Crujen los huesos del viento
entre las ramas cortadas;
suelta largas llamaradas
el rojo tronco encendido,
y choca un brusco gemido
contra las sombras heladas.

Por fin, el sueño desliza
su roce de tibia seda

sobre los cuerpos, y queda
sólo alentando la brisa.
Las flores de la ceniza
se desmoronan sin ruidos.
Apenas brillan latidos
de compasivas pavesas
que acompañan la pobreza
de leñadores dormidos.